

DON QUIJOTE IMITADOR DE AMADÍS

Gregorio C. Martín

Urganda la Desconocida anticipa del que será gran caballero Amadís: "Dígotte de aquél que hallaste en la mar, que será flor de los caballeros de su tiempo; éste hará estremecer los fuertes, éste comenzará las cosas e acabará a su honra, en que los otros fallescieron; . . . e aun más te digo, que éste será el caballero del mundo que más lealmente manterná amor . . ." ¹ Pero la misma Urganda dirá después del hijo de Amadís, Esplandian, que "fará tales cosas, por donde los que fasta aquí mucho resplandecían, en mucha escuridad y menoscabo serán puestos" (A, IV, LII, 314-315). En el momento de armar caballero a Amadís, entonces Doncel del Mar, el rey Perión lo vio tan hermoso "que mucho fue maravillado" (A, I, IV, 22b). Cuando velaba las armas Esplandian, "su rostro resplandecía como los rayos del sol, tanto, que facía mucho maravillar a todos aquellos que le veían" (A, IV, LI, 315a). Oriana, de quien Amadís se enamoró, era "la más hermosa criatura que nunca se vio; tanto, que ésta fue la que Sin-par se llamó" (A, I, IV, 19a). No le iba, pues, a la zaga a su caballero. Y para que todo siga a niveles tan altos, Oriana y Amadís se enamoraron con una pasión inusitada cuando ambos tenían sólo diez y doce años.

Esos héroes de las novelas de caballerías se colocaban siempre dentro de un marco monumental, en el cual tenían que justificar su categoría de modelos — de nuevos modelos — ejecutando una hazaña superior a todas las realizadas hasta entonces, que, a su vez, había de ser superada por el próximo caballero, si quería que su nombre pasase a la historia de la caballería andante.

Cuando llega D. Quijote, se encuentra con esos antecedentes y él está ya en el siglo XVII. El hombre que impulsado por las leyes del honor iba por el mundo con su lanza y su escudero para hacer justicia, no tenía realidad en su época. Pero D. Quijote, enfrascado en la lectura de aquellas portentosas hazañas, pierde el juicio y se cree capaz de "irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban." ²

En principio, como vemos, D. Quijote no pretende imitar a un determinado caballero. Pero, conforme se dé cuenta de la imposibilidad de llevar a cabo una gran hazaña con las armas, Amadís se convertirá en el modelo indiscutible para nuestro caballero. El propósito de este trabajo es mostrar el desarrollo de esa preferencia, y las razones que la motivan, hasta la gran imitación de Sierra Morena.

Nada más diferente que D. Quijote y Amadís. Cuando éste fue armado caballero tenía quince años, y parecía de esa edad cuando solamente tenía doce. Es posible que a los quince pareciera de veinte. De todos modos, era un joven que iba físicamente a más. Si añadimos a eso su precoz desarrollo, podemos darnos cuenta de lo

bien dotado que estaba para la caballería andante. D. Quijote, por el contrario, era una persona ya más próxima a la vejez que a la juventud: “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años; era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro . . .” (Q, I, I, 36). Iba físicamente a menos. No se da cuenta que para la profesión que se propone se requieren ciertas condiciones físicas. Olvida así la primera enseñanza del que será su modelo, que, al descubrir que uno de sus contrincantes era viejo, había dicho: “Cierto, señor caballero, ya debíades dejar esto en que andáis; que si fasta aquí no ganastes honra, de aquí adelante la edad vos excusa de ganarla” (A, I, XXI, 100b). El caballero viejo respondió que no estaba ganando honra, sino defendiéndola. D. Quijote debiera haber aprendido aquí, como aprendió muchas otras cosas de los libros de caballerías, que su edad era para defender honra, si la tenía, y, de no tenerla, demasiado tarde para ganarla, ya que el oficio de caballero era “ligero de haber e grave de mantener” (A, I, IV, 19b). D. Quijote tendrá que dejar de lado todas las razones de ese antagonismo, para quedarse con aquellas que harán de Amadís un modelo digno y posible de ser imitado, asegurándole al mismo tiempo un puesto — por la magnitud de su hazaña — en la historia de la caballería andante.

No sólo no tiene en cuenta D. Quijote sus posibilidades físicas, sino que comete otros olvidos, impropios de un lector de libros de caballerías tan voraz como debió serlo él. Sería lógico que conociese perfectamente las reglas y pormenores de la caballería andante. No obstante, parece no darse cuenta de algunos detalles, como vamos a ver.³

Por el estado en que se encontraban sus armas debemos suponer que jamás se ejercitó con ellas. Amadís, por el contrario, desde la infancia había sido adiestrado en el manejo de aquellas por Gandales, que a los cinco años “le fizo un arco a su medida e otro a su hijo Gandalin, e facíalo tirar ante sí” (A, I, III, 15a). Cuando necesite esas armas para armarse caballero, estarán listas para tal función. Su ingreso en la caballería andante sería un paso más en la escala social de la época. Pero para D. Quijote — como hombre del siglo XVII — era un retroceso. De la misma manera que no tiene en cuenta la diferencia de edad, tampoco considera los siglos que separan su generación de la de los caballeros andantes. Tiene que traer un ideal de una época pasada a la suya, y por eso ha de comenzar por “limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que, tomadas de orín y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón” (Q, I, I, 38). Esas armas de sus bisabuelos representan precisamente, el ideal que quiere poner en práctica.

Decidido D. Quijote a ser caballero andante y preparadas las armas, da nombre a su caballo y se llama a sí mismo de la Mancha porque Amadís se llamó de Gaula. Con lo que vemos que siente ya cierta preferencia por él. Después viene la elección de la dama, que con el tiempo le llevará a tomar a Amadís como modelo único.

Amadís y Oriana se amaban mutuamente, como quedó dicho, desde la niñez. D. Quijote ha de buscar en su memoria la dama de sus pensamientos y se acordó de “una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dio cata dello” (Q, I, I, 40). Como — conforme dirá más adelante — no sabe leer ni escribir y tampoco es hija de reyes, como lo había sido Oriana, la elevará en su imaginación a la altura de la más honrada princesa. Da así por terminados sus preparativos y está listo para actuar.

Amadís montó en su caballo y “se fue su vía sin que de ninguno visto fuese, por ser aún de noche” (A, I, IV, 23a). D. Quijote piensa que el mundo no puede esperar más por él y “sin que nadie lo viese, una mañana, antes del día, que era uno de los calurosos del mes de julio . . . subió sobre Rocinante . . . y por la puerta falsa de un corral salió al campo” (Q, I, II, 41). Como vemos, ambos salen al mundo de manera muy parecida. Pero hay dos detalles muy importantes que D. Quijote no ha tenido en cuenta. Una persona tan versada en las leyes y libros de caballerías, como debió serlo él, no debiera haber olvidado que para ser caballero andante lo primero que necesitaba era eso: armarse caballero. Cuando luego se da cuenta de este olvido tan importante, está a punto de renunciar a su empresa. Pero sigue adelante proponiéndose “hacerse armar caballero del primero que topase” (Q, I, II, 42).

Antes de su salida, Amadís fue armado caballero por el rey Perión “poniéndole la espuela diestra” y diciéndole: “Agora sois caballero, e la espada podéis tomar”; el rey la tomó y dióglala, y el Doncel la ciñó muy apuestamente” (A, I, IV, 22b). D. Quijote, que había olvidado armarse caballero antes de salir, estaba decidido a hacerse armar del primero que topase y se topó con un ventero. De nuevo, no parece que los conocimientos de nuestro caballero correspondan con los que debiera haber adquirido en sus numerosas lecturas. Es siempre el ventero quien decide dónde velar las armas y cómo armarse caballero. Contra lo que pudiera esperarse, D. Quijote no tiene nada que objetar, aunque luego lo veremos ser inflexible con Sancho en lo tocante a las normas de la caballería. Es, pues, armado caballero de muy distinta manera, y por muy diferente padrino, que lo fuera Amadís. El ventero, “leyendo en su manual — como que decía alguna devota oración —, en mitad de la leyenda alzó la mano y dióle sobre el cuello un buen golpe, y tras él, con su misma espada, un gentil espaldarazo” (Q, I, III, 53). En lugar de recibir espuela y espada de mano de rey, recibe palos de mano de ventero, espada de la hija de un remendón y espuela de la hija de un molinero. Además, ambas mujeres eran ramerías. La ceremonia ha sido un escarnio. D. Quijote, debido a esto, ya no podrá ser caballero más que en su imaginación, pues la ley XII del título XXI de la segunda de las **Siete Partidas** de Alfonso el Sabio legislaba que “non deve ser cavallero el que una vegada oviesse rescebido cavallería por escarnio.” Tal era el caso de D. Quijote por no estar el ventero facultado para esa misión y actuar burlescamente, según indica Martín de Riquer en la nota diez al capítulo III, pág. 54, de la edición aquí utilizada.

El otro gran olvido de D. Quijote, de importancia para un caballero andante, es la elección de escudero. Amadís lo tuvo muy en cuenta y habló con Gandalin, confiándole que iba a armarse caballero aquella noche y deseaba saber si quería irse con él (A, I, IV, 22a). D. Quijote no piensa en esto hasta su segunda salida. Estaba solo cuando la primera aventura — una de las pocas veces que interviene por una causa justa. Similar, en muchos aspectos, a la primera aventura de Amadís. Éste ayudó a un hombre herido que era maltratado por su mujer, venció a los caballeros que lo atacaron y mandó que se presentaran todos al rey: “Eso no haré yo si no juráis como leales caballeros que llevaréis este caballero herido e a su mujer con él a casa del rey Languines” (A, I, IV, 24b). D. Quijote interviene en favor de Andrés, que está siendo azotado, y se fía también del juramento del amo del muchacho, a pesar de que éste le previene de lo contrario: “No haré tal — replicó don Quijote —: basta que yo se lo mande para que me tenga respeto; y

con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga” (Q, I, IV, 57).

En tanto que los contrincantes de Amadís cumplieron su palabra, el amo de Andrés olvidó la suya tan pronto desapareció D. Quijote y apaleó al muchacho hasta dejarlo por muerto: “Llamad, señor Andrés, ahora — decía el labrador — al desfaceador de agravios; veréis cómo no desface aquéste” (Q, I, IV, 58).

Si los hombres fueran tan caballeros como D. Quijote juzga al amo de Andrés — a quien termina de ver cometiendo un tremendo abuso — no habría esas injusticias, puesto que todos sabemos que apalea a un niño es inhumano e injusto. Por consiguiente, la intervención de nuestro caballero sería innecesaria. Pero en un mundo donde hay más picardía que honradez no se puede establecer la justicia basándose en un código de caballeros. El juez ha de distinguir la apariencia y la mentira de la realidad. No en valde los fracasos de D. Quijote se deben muchas veces a un problema de apariencias. Su error es querer llevar a la práctica unos ideales que no tienen vigor en la época, que están postergados, como lo estaban sus armas, y al primer uso se desvanecen.

En la segunda aventura, D. Quijote se enfrenta con los mercaderes, que él considera caballeros andantes, y queda tullido en el suelo. Lo encuentra su vecino y lo lleva a casa. Así, el mundo cotidiano lo vuelve a la realidad. Pero es ese mundo, precisamente, el que le da la base para que D. Quijote mantenga su fantasía, al explicarle que la biblioteca desapareció porque “un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió . . . entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado, y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno” (Q, I, VII, 77). Por lo tanto, los encantadores existen. Ahí está su familia para confirmarlo. Aprovechando su ausencia, un encantador atentó contra su propiedad. D. Quijote tiene ahora una buena razón para salir.⁴ Busca un escudero y ambos se van — otra vez de noche — por el mundo en pos de aventuras.

En la primera aventura, D. Quijote vio la realidad tal como se presentaba: un muchacho apaleado por un hombre. No necesitó cambiar esa realidad porque encajaba perfectamente dentro de la profesión que estaba dispuesto a seguir. Se trataba de un caso que requería su inmediata intervención. No vio los palos que recibió Andrés y, por lo menos en su conciencia, hizo justicia.

En la segunda aventura, la realidad no justificaba su intervención. Pero después del éxito obtenido en la primera, no podía D. Quijote interrumpir su buena suerte. Con su imaginación cambió los mercaderes en caballeros andantes y pidió que declarasen que Dulcinea — a quien él ha elevado a emperatriz — era la más hermosa doncella del mundo (Dulcinea tendrá siempre una gran importancia y pasará a primer plano, como base de la única imitación que D. Quijote podrá hacer). Los mercaderes no obedecieron y D. Quijote los atacó, pero un tropiezo de Rocinante dio con el caballero en el suelo. Para él esto explica la derrota: no venció porque la caída del caballo le privó de mostrar su pericia con las armas.

En la primera aventura de la segunda salida, D. Quijote cambia los molinos en gigantes. La fantasía ha ido a más, posiblemente porque recuerda al sabio encantador que le robó la biblioteca. Sin embargo, la realidad se impone: los molinos son molinos. Si el

tropiezo de Rocinante explicaba la derrota anterior, ahora tiene también que encontrar una explicación. La halla en el sabio Frestón que, según la familia, entró en su casa durante su primera ausencia. Y por eso le dice a Sancho que piensa, "y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento" (Q, I, VIII, 82).

En la próxima aventura, D. Quijote se enfrenta con los mismísimos encantadores — en la realidad frailes de San Benito. Los pone en fuga y, además, vence al vizcaíno. Es un triunfo rotundo. No necesita disculpas. La dama tiene otra vez un papel importante, porque D. Quijote interviene para librar a una doncella. (Q, I, VIII-X).

En la aventura de los yangüeses, D. Quijote no cambia la realidad. Queda muy malparado, pero encuentra una justificación: la culpa la tiene él por luchar contra los que no son caballeros. Reconoce su lamentable estado, tiene que recurrir a los libros de caballerías para fortalecerse (Q, I, XV, 139) y menciona por primera vez la penitencia de Amadís en la Peña Pobre, confiándole a Sancho que "ha habido caballero que se ha estado sobre una peña, al sol, y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supiese su señora. Y uno éstos fue Amadís, cuando, llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre... por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana" (Q, I, XV, 141-42).

En la venta, D. Quijote imagina que la asturiana es una gran dama — la dama otra vez — y es apaleado una vez más. Pero ahora ya reconoce que no puede nada contra los encantamientos (Q, I, XVII, 153) y que la venta es venta (Q, I, XVII, 156). Parece que a medida que fracasa va reconociendo la realidad, paso necesario para convencerse de que no puede llevar a cabo ese tipo de hazañas.

La próxima aventura es contra los rebaños que D. Quijote imagina ejércitos. La culpa de la derrota la tiene otra vez el sabio su enemigo (Q, I, XVIII). En tanto haya una explicación para justificar cada uno de sus fracasos, se mantendrá viva en nuestro caballero la idea de poder realizar una hazaña inmortal con las armas.

En la aventura de los encamisados, D. Quijote reconoce que se ha equivocado. Pero ahora lo han engañado las apariencias: "El daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir, como veníades, de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo" (Q, I, XIX, 174). Es decir, él vio la realidad, y — con ayuda de su fantasía — lo engañó.

Con los galeotes, D. Quijote ve la realidad otra vez que se le ofrece propicia para su misión de caballero. Se trata de gente encadenada que él quiere poner en libertad. No se da cuenta que los hombres son una cosa y pueden aparentar otra. Libra a los galeotes de las cadenas y, cuando pide las gracias, lo apedrean. Sin paliativos, reconoce su fracaso.

Después de esas aventuras, el balance de D. Quijote es negativo. Como caballero de lanza en ristre ha fracasado. El mundo, que él creía propicio para realizar increíbles aventuras, se le ha mostrado imposible de conquistar; y los miserables, a quienes él pensaba socorrer, no quieren su ayuda. Parece no haber lugar ni para ambiciosos bienintencionados ni para altruistas. Es imposible ejecutar así la gran hazaña

que lo haga inmortal. Él la veía en cada intervención, como si presintiera que nunca llegase. En la primera aventura, piensa que "hoy ha desfecho el mayor entuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad" (Q, I, IV, 58). En la segunda, dice que por Dulcinea ha hecho, hace y hará "los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean y verán en el mundo" (Q, I, V, 63). Con los molinos iba a entrar "en fiera y desigual batalla" (Q, I, VIII, 82). Con los frailes de San Benito se imagina que va a ser "la más famosa aventura que se haya visto" (Q, I, VIII, 85). Con los rebaños, que es el día cuando tiene "de hacer obras que queden escritas en el libro de la Fama por todos los venideros siglos" (Q, I, XVIII, 161). Con los encamisados, que "debe ser grandísima y peligrosísima aventura" (Q, I, XIX, 171). D. Quijote reconoce que su gran hazaña aún no ha sido realizada y le es muy difícil hacerla con las armas.

Por su edad, por querer actualizar un ideal del pasado, por su locura, etc., D. Quijote choca con la realidad y fracasa como imitador del caballero andante con armas. Pero, ¿y como imitador de amores? Para él es tan importante el amor que "el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma" (Q, I, I, 40). ¿Ha fracasado D. Quijote como caballero enamorado?

Hemos visto que tenía en mente a la dama en varias de sus aventuras. Después de acometer los molinos, D. Quijote no durmió en toda la noche "pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que había leído en sus libros" (Q, I, VIII, 84). Nadie se opuso a esta imitación que le resultó fácil y sin contratiempos. Más aún, el mundo a su alrededor también se dedicaba a esta clase de imitaciones, como puede ver cuando está con los pastores enamorados de Marcela. Uno de los cuales, Grisóstomo, había muerto de amores. D. Quijote encontró ahí el mejor apoyo para su otro tipo de imitación, y "todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela" (Q, I, XII, 115). Por primera vez, el mundo parece coincidir con él. No es extraño que piense que el caballero sin amores "no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón" (Q, I, XIII, 120).

Ya vimos cómo D. Quijote se acordaba de la penitencia de Amadís en la Peña Pobre. Tenía también en su biblioteca *Los cuatro de Amadís de Gaula* (Q, I, VI, 67) y citó a este caballero el primero entre varios que alcanzaron gran fama (Q, I, XIII, 118). Por lo tanto, al llegar a Sierra Morena, de todas sus imitaciones le quedaba una como posible: el amor a la dama. De todos los caballeros dignos de ser imitados le había atraído más uno en particular: Amadís de Gaula. Esas son las dos bases ciertas que le quedan para imitar con posibilidad de éxito algún episodio famoso, porque Amadís, como quedó dicho al principio de este trabajo, fue el caballero que mantuvo su amor con más lealtad.

Firme en la idea de realizar la gran aventura que como caballero andante no ha llevado a cabo, D. Quijote le dice a Sancho que ha decidido hacer en la sierra "una hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hacer perfecto y famoso a un andante caballero" (Q, I, XXV, 236). Estas opiniones de D. Quijote son de primordial importancia para entender este trabajo. En ellas queda perfectamente claro que para él es imprescindible realizar una hazaña superior a cualquier otra, si quiere "ganar perpetuo nombre y fama" como caballero andante. Agrega que, a diferencia de las

demás, no es una hazaña peligrosa. Es decir, se trata de algo que da enormes beneficios con muy poco esfuerzo. Toma luego una decisión, tras exponer un ingenioso y artístico razonamiento de dos premisas con su conclusión:⁵ a) primero coloca a Amadís a la cabeza de la caballería andante, diciendo que “fue uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fue uno: fue el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo” (Q, I, XXV, 236); b) expone que en el arte se imita a los mejores artistas, pues “cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe; y esta misma regla corre por todos los más oficios o ejercicios de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas” (Q, I, XXV, 237); c) concluye que, como Amadís fue el mejor, el que quiera ser buen caballero debe imitarlo lo más posible: “Destá mesma suerte, Amadís fue el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, a quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos” (Q, I, XXV, 237).

Ahora tiene D. Quijote un modelo determinado a quien imitar. Le queda elegir la hazaña, y antes ha dicho que no es arriesgada. Debemos suponer que no necesita a nadie. En otras aventuras siempre había un contrincante a quien él no dominaba, y de ahí el fracaso. Su imaginación y la realidad chocaban y no había posibilidad de éxito. Sólo cuando él imitó a los amantes de Marcela no hubo contratiempo. Además, en la sierra ha encontrado a Cardenio — un penitente por amor — y ahora nos ha dicho que Amadís fue lucero de los caballeros enamorados a quien éstos deben imitar. La hazaña que D. Quijote tiene en mente parece ser una imitación de amor. En efecto, agrega a lo dicho que “una de las cosas en que más este caballero [Amadís] mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre.” He ahí la otra clase de aventuras del caballero andante, para cuya imitación D. Quijote no necesita ni de contrincantes ni de especiales condiciones físicas. Incluso es más fácil apartarse de la amada cuando se es viejo y flaco como él que cuando se es joven y fuerte como Amadís. Tiene, pues, toda la razón cuando dice: “Ansí, que me es a mí más fácil imitarle en esto que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos” (Q, I, XXV, 237). Se trata de una serie de portentosas aventuras que realizó Amadís, y a las que D. Quijote, tras la experiencia con las suyas propias, ya no se atreve a imitar.

El problema está ahora en que D. Quijote no ha sido, como lo fue Amadís, desdeñado por su amada. Él lo reconoce así: “Porque mi Dulcinea del Toboso osaré yo jurar que no ha visto en todos los días de su vida moro alguno, ansí como él es, en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió” (Q, I, XXVI, 251).

Como su amo no tiene motivo para la penitencia, Sancho actúa de manera parecida a Gandalin — éste aconsejó a Amadís, II, v, 207a, que viera si había algún malentendido que justificase la carta de Oriana — haciendo ver a D. Quijote la falta de razón para obrar así: “Paréceme a mí — dijo Sancho — que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necesidades y penitencias; pero vuestra merced, ¿que causa tiene para volverse loco?” (Q, I, XXV, 238).

Amadís tenía motivo para obrar de aquella manera, pero no obraba razonablemente. D. Quijote ni tiene motivo ni razón. Él eligió esa imitación porque era la única que podía realizar. Además, salió de casa para acometer lo imposible, y ya Cervantes había dicho en *La Galatea* que “el que tuviese voluntad y deseo de alcanzar lo imposible, claro está que, cuanto más el deseo le sobrase, tanto más el entendimiento le faltaría.”⁶ Y la respuesta que D. Quijote da a Sancho es propia de una persona sin entendimiento alguno: “Ahí está el punto — respondió don Quijote —, y ésa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que, si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?” (Q, I, XXV, 238).

Además de ser famoso por sus aventuras con las armas, Amadís fue el único que logró pasar el arco de los leales amadores, para lo que se necesitaba una fidelidad a toda prueba — por eso lo eligió D. Quijote como modelo —, y nuestro caballero ha sido tan fiel que hasta resistió la tentación de la asturiana en la venta. Puede, pues, competir con su modelo e incluso, haciendo una penitencia más famosa, superarlo y lograr la hazaña que persigue desde el principio. El estímulo para esta imitación lo encuentra en el mundo, como antes lo encontró para salir de casa, pues si otros sufren por la ausencia de la dama, él, que no la ha tenido nunca, es el más ausente de todos y el que más sufre: “Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso; que, como ya oíste decir a aquel pastor de marras, Ambrosio, quien está ausente, todos los males tiene y teme” (Q, I, XXV, 238).

Finalmente, dispuesto a iniciar su penitencia, D. Quijote llega en Sierra Morena a un lugar muy parecido al que llegó Amadís en la ínsula Firme, y decide que allí sus lágrimas acrecentarán las aguas del arroyo. (Q, I, XXV, 240). Como su modelo, antes de embarcar para la Peña Pobre, regaló el caballo y se puso un tabardo en lugar de las armas, D. Quijote da suelta a Rocinante y se desnuda. Escribe luego la carta a Dulcinea llamándose “el ferido de punta de ausencia” (Q, I, XXV, 247), a imitación de Oriana que se llamó en la carta a Amadís “la doncella ferida de punta de espada” (A, II, I, 197b). No olvidando que Amadís casi se murió de hambre, nuestro caballero le explica a Sancho que la fineza de su negocio “está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes” (Q, I, XXV, 249). En la imitación pasó tres días, al cabo de los cuales fue rescatado por la “princesa Micomicona”, a imitación de su modelo que lo fue por la doncella de Dinamarca. Así, la insuperable parodia fue llevada hasta el último extremo.

He pretendido mostrar que la locura de D. Quijote le lleva a querer actualizar un viejo ideal para — realizando hazañas sin igual y defendiendo la justicia — ganar perpetuo nombre y fama; pero sus aspiraciones chocan con el mundo en que vive, y la categoría de la empresa a que aspira está en contraste con las facultades de su persona. Los fracasos como caballero y lo que observa en los demás le van perfilando la única aventura que podrá llevar a cabo sin contratiempos por bastarse a sí mismo. Observa que en la vida muchos sufren de amor sin oposición del mundo. Busca entonces un modelo dentro de la caballería andante con esos antecedentes — siguiendo principios estéticos de la época que él expone — y decide la manera de superarlo: la fineza de su negocio consistirá en sufrir sin motivos. Esa es la hazaña reservada para él porque es la única que puede realizar. A ella se entrega dejando a un lado todas las demás: “Viva la memoria de

Amadís, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere” (Q, I, XXVI, 251). Al fin, puede acometer la gran aventura que todo caballero debe realizar para ser eternamente famoso. Era la única que por sus condiciones físicas y su locura podía imitar con ventaja. Hazaña inmortal porque el genio de Cervantes supo escribir una parodia inimitable.

PUCRS

Departamento de História

Porto Alegre, Brasil

NOTAS

¹ **Amadís de Gaula**, introducción de Arturo Souto (México: Editorial Porrúa, S.A., Colección “Sepan Cuantos . . .”, núm. 131, 1969), p. 14a. Todas las citas del **Amadís** serán por esta edición y en el texto. Ejem.: (A, IV, xv, 102b). Que indica obra, libro, capítulo, página y columna.

² Miguel de Cervantes, **Don Quijote de la Mancha**, texto y notas de Martín de Riquer, ed. Las Americas Publishing Company (Hospitalet: Juventud, 1967), I, 20. Todas las citas del **Quijote** serán por esta edición, en el texto, indicando la obra como Q, seguida de la parte y el capítulo en números romanos, y la página en arábigos.

³ Ya notó Edward C. Riley, **Teoría de la novela en Cervantes** (Madrid: Taurus, 1966), p. 71, que “don Quijote se ocupa ampliamente de sus preparativos.” Más adelante le dirá D. Quijote a Sancho, I, xxv, 236, que todo lo que ha hecho, hace y pueda hacer, “va muy puesto en razón y muy conforme a las reglas de caballería,” que las sabe “mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo.” Lo que hace más inexplicables los olvidos que indicaré.

⁴ Ver Alexander A. Parker, “El concepto de la verdad en el **Quijote**,” **RFE**, 32 (1948), 287-305.

⁵ Edward C. Riley, “Don Quijote and the Imitation of Models,” **BHS**, 21 (1954), 3-16. Riley estudia la imitación como precepto literario.

⁶ Miguel de Cervantes, **La Galatea**, ed. de J. Bautista Avallé-Arce (Madrid: Espasa-Calpe, S.A., 1968), I, 225.